

No me atrevo a mirarla.

El miedo no te abandona nunca, da igual la edad que tengas. Evolucionan, se adaptan, pero siempre es fiel, agobiante, algo crónico.

-¿Te encuentras bien? –pregunta Clara, mi esposa, pero ni escuchar su voz ni su compañía mitigan esa sensación, esa aversión hacia la casa.

*La casa.*

-Sí. Estoy bien.

Mentira. ¿Cómo voy a encontrarme cuando sé que él, *aquello*, me observa desde la ventana que rompió hace veintitrés años, acechando como un depredador hambriento confinado en una jaula?

Cuando era niño, con ocho años, la casa Armesto me fascinaba, sobretodo las negras historias que contaban sobre ella y sus antiguos habitantes. Imaginaos una enorme casa blanca rellena de oscuridad, como una tarta de chocolate amargo y reseco.

En vacaciones, solía recorrer su pasillo de la planta baja cogido de la mano de mi abuela, apestando por el momentáneo hedor a (ahora lo sé) carne putrefacta que se escapaba cuando se abría la enorme puerta de color granate de la entrada, pero enseguida quedaba camuflado por un agradable aroma a gardenias expelido por ambientadores inexistentes, pues nadie la habitaba.

Mi abuela únicamente se encargaba de limpiarla una o dos veces al mes.

Pasaba horas encerrado en el despacho que había justo al lado de la entrada. Mientras ella repasaba todas las estancias de las tres plantas, yo leía cuentos infantiles y, a escondidas, me iniciaba en el mundo del terror con un viejo libro de las “*Narraciones extraordinarias*” de Edgar Allan Poe. Precisamente, en una ocasión mientras leía la descripción del personaje alto y delgado que parecía un cadáver ensangrentado en el relato “*La máscara de la muerte roja*”, escuché unos golpes. Al principio no les di

importancia, hasta que e hicieron tan fuertes que los cristales de las vitrinas de las librerías temblaron.

Venía del piso de arriba.

-¿Abuela? –susurré subiendo por los avejentados peldaños de madera de la escalera principal. Tenía que ser ella, pero, ¿por qué daba aquellos golpes? De las reparaciones, si las había, se encargaba el abuelo.

El pasillo de la segunda planta parecía interminable, paredes infectadas de oscuras de madera rectangular con un diente de oro que llevaban a cuartos aún más siniestros. Plantado en medio me sentía como una polilla dentro de un armario lleno de naftalina.

Ya no había golpes, pero sí algo escondido como una rata rabiosa hambrienta. El enorme ventanal que iluminaba el pasillo al final de éste oscureció al sol un solo instante, como si corriesen una polvorienta cortina negra, y como un parpadeo, apareció y desapareció una silueta humana delgada, destacable por la cara alargada y blanca sobre el traje gris.

Con el sol de regreso, el horror que me había clavado al suelo comenzó a disiparse como humo. Pero regresó.

La madera del suelo crepitó a lo lejos, y ese sonido se estaba acercando a mí rápidamente, acompañado por una fuerte respiración que ocultaba una risa ahogada, como de anciano desdentado. El fuerte olor de los tablones chamuscados me hizo mirar al suelo, y eché a correr escaleras abajo hasta llegar a la cocina.

-¿Qué sucede, Manolo? –preguntó la abuela, asustada por mi rostro desencajado por el miedo. Ni siquiera me di cuenta de que me había meado encima mientras Croacia allí, pero ella vio enseguida el reguero que empapaba una de las perneras y la bragueta del pantalón.

Me cogió en brazos, entre asustada y preocupada, y salimos al pasillo. Las huellas negras de un calzado adulto que aparecían en la madera como grabadas con un hierro candente recorrían todo el pasillo.

-No quiero que vuelvas aquí –me dijo al oído, como si quisiera que alguien no nos escuchase, y me apretó contra ella para salir de la casa.

Pero ante la escalera, vi parte de la orina, la alfombra verde tostada por las huellas, y una sombra alta y rígida que se proyectaba en el centro de la pared del descansillo desde la segunda planta.

Pero regresé.

El mismo miedo que sentía hacia aquella casa, a su historia, era el que alimentaba mi falso coraje. Hurté las llaves de la abuela dos días más tarde del extraño suceso y escapé hacia casa Armesto cuando oscureció el día. El ganado ya estaba a buen recaudo en las vaquerías y lo único que recibía en el camino era el ladrido de algún perro que arremetía contra mí hasta donde la cerca de *su* finca le permitía.

Me flojearon las piernas cuando estuve ante *ella*. Era como si me observase, un viejo busto de alabastro corrompido, una macilenta cara fría, perversa y severa.

Recorrí como un ladrón el huerto colindante, que pertenecía a mis abuelos maternos, y abrí la pequeña cancela que daba al patio trasero.

La noche era tan cerrada que los pocos cristales que no estaban protegidos por las contraventanas de madera blanca no dibujaban reflejo alguno. Los conejos que había dentro de una caseta de ladrillo junto a la cerca, en el patio, estaban agitados. Encendí la linterna de latón verde e iluminé el interior a través de la rendija vallada de la puerta. Los animales se quedaron inmóviles ante el foco, desprendiendo los ojos un brillo verde como si tuviesen bombillas tras las retinas.

La cerradura de la puerta trasera chasqueó su lengua metálica cuando giré la llave, y los goznes gruñeron como un viejo asmático cuando esta segunda quedó abierta.

El pasillo se me antojó como un largo túnel minero cuando la escasa luz de la linterna profanó a la oscuridad, partiendo las paredes en franjas ambarinas y cenicientas allá donde la luminosidad formaba un círculo. Más allá, oscuridad virgen.

Mi presencia fue detectada como si la casa estuviese equipada con un radar para la vida.

Caminando hacia las escaleras, la linterna captó algo al final del pasillo, fuera del círculo luminoso. Dos esferas verdes brillaban como los ojos de los conejos, pero a una altura superior, y pronto comenzó a dibujarse una silueta. Solté un chorretón de orina cuando lo reconocí. Era Carlos, el hijo pequeño de la última generación de Armesto que habitó la casa, pero no podía estar ahí. Murió dos años atrás de meningitis; uno más de los fallecidos de la casa. Si continuase vivo, tendría tres años más que yo.

*-Hola, Manolo.*

La voz sonó metálica, como si golpearan una caja de hierro con una cuchara, y acompañaron a las palabras un pestazo a carne corrompida.

Casi se me cae la linterna al suelo cuando vi que sus pies descalzos se movían pesados hacia mí. La mirada brillante era vacía y terriblemente maliciosa en la cara hinchada e inexpresiva. Entre los dedos rechonchos de la mano izquierda colgaba un rosario sin crucifijo.

El niño desapareció cuando la luz de la linterna le enfocó directamente.

Eché a correr hacia la puerta por la que entré, atónito por el rostro que aparecía de Carlos, brillando como fuego, en cada cuadro del pasillo, mostrando en cada uno un gesto diferente, cada cual más aterrador: sonriendo en el fondo de un prado, sin ojos sobre el rostro de un antepasado, sólo su cráneo en una foto de familia,...

Cerrada. ¡Cerrada!

Entré en el dormitorio que había frente a la cocina y cerré la puerta tras de mí, apoyando la espalda en ésta, como si sirviese de algo... crucé el aposento, iluminándolo como pude con la linterna (maldije inconscientemente a la abuela por cortar la luz), y me encaramé a la ventana de puntillas. Pero por más que lo intenté, el tirador no giró, quizá por el óxido.

Quizá.

Aún forcejeando con la ventana, perdí la fuerza. El corazón me la había robado en un intento de escapar del pecho cuando supe que estaba solo. Algo se ahogaba detrás de mí. No quería volverme, pero me vi obligado. Temía ser atacado por la espalda.

La cama doble estaba intacta cuando pasé ante ella, de eso estaba seguro. Entonces, ¿qué hacía esa persona estirada bajo la colcha? Di gracias al cielo por tener su cabeza cubierta con la funda de la almohada, con la tela amarillenta hundiéndose en la boca abierta.

No me atreví a pasar otra vez por delante, así que salí por la puerta que tenía a mi izquierda, junto a la ventana. El espectro continuó convulsionándose en la cama, manchando de sangre la funda de la almohada.

¡Mierda! ¡Había entrado en un aseo! ¡Burro! Me libré de la serpiente para toparme con el lobo.

Me cagué, literalmente, cuando vi en el espejo mi reflejo, pero no correspondía a la imagen real. Quizá la palidez pudiera pasar, pero la sonrisa de dientes negruzcos y la ausencia de la linterna... Alrededor mío, los azulejos blancos rezumaban agua, como si sudasen. En el espejo, yo flotaba dentro del agua, ahogado, con los capilares de los ojos reventados, la piel azul y una bola de espuma en la boca que se desprendía hacia las profundidades como nata.

Salí corriendo.

La habitación volvía a estar vacía, y el lecho, intacto. Crucé el cuarto con sigilo, pero rápido, y abrí la puerta que daba al pasillo. Escuché un golpe en el cristal y, necio de mí, me giré, ansioso de que alguien, desde el exterior, me abriera una salida.

Entre la ventana y la contraventana estaba espachurrado como un sello el *hombre* de la cama, llenando todo el marco, lamiendo con sangre el cristal a través de la tela de la funda.

Recibí un empujón por la espalda de unas manos invisibles, sacándome al corredor. Donde la luz no llegaba, la oscuridad estaba plagada de siluetas de *ellos*, las decenas de personas que murieron allí en épocas diferentes.

Harto, asustado y cansado, aferré la linterna con tanta fuerza que pensé que estaba doblando el latón verde con los dedos, y corrí hacia ellos. De mi boca salió un grito grave de furia, que ni los alaridos de los entes al desvanecerse con el haz podían ensordecen.

¡M estaba abriendo paso!

Ciego de temerosa rabia, casi me empotro contra el portón granate de la entrada principal. Me acordé de la llave y la saqué como pude del bolsillo con dedos anudados por los nervios.

-¿Adónde crees que vas?

Con la llave en la cerradura, roté con la linterna como si empuñase una pistola. Era *él*, el ser de la segunda planta, el que chamuscó el suelo con la suela de sus zapatos. Pero la luz...

-¿No tendrás pensado marchar?

¡La puerta no se abría!

El brillo en los ojos del hombre del traje gris era rojo fuego, no verde como en los de Carlos. Ni una sola arruga en su rostro cerúleo expresaba simpatía, como si las hubiesen esculpido con un escalpelo en un mohido trozo de madera. Apestaba a matadero.

*-Tienes que quedarte con nosotros –alargó los esqueléticos dedos hacia mí-, conmigo.*

Sin saber qué hacía, sujeté el asa de alambre de la linterna con los dientes y me llevé la mano al pecho por dentro de la camiseta, sin despegar la otra del pomo del portón. Me arranqué la medalla de la Virgen que llevaba colgada a una cadena y se la lancé.

El espectro esputó un alarido que hizo que los huesos de la cara se marcasen en su escuálida carne de cadáver cuando la medalla le golpeó en el brazo.

El pomo cedió bajo mi mano y la puerta se abrió, aprovechando para huir. Antes de alcanzar la escalera, tropecé con algo que me hizo rodar por los tres peldaños de la entrada de la calle, con el portón cerrándose con fuerza cuando frené en la tierra de la calle. En los tobillos descalzos se dibujaron unos moretones, como si el hombre del traje gris me hubiese agarrado por ellos.

Me erguí de un brinco, y comencé a correr calle arriba. Los perros infestaron la noche de aullidos cuando un rugido de león salió de la casa, y algo se rompió en ella.

El cristal de una ventana.

Por eso no puedo mirar a la casa. Temo verle. Temo...

*-¿Ferrán? –escucho decir a Clara-. Sal de ahí.*

Alzo la vista y veo a mi hijo de cinco años dentro de la casa.

*-¡Sal de ahí! –grito, pero no sirve de nada.*

El abuelo, que en paz descansa, optó por no volver a cambiar el cristal del ventanal frontal de casa Armesto porque decía que siempre se rompía.

Ahora entiendo por qué. Yo tenía razón.

Él, aquello, siempre ha estado allí, esperando con inquietante calma a que yo regresara. El traje gris sigue polvoriento, igual que su rostro marcado y amarillento, mirando con aquellos ojos brillantes triunfales, añorantes de mi miedo, disfrutando al contemplar mi sufrimiento.

-¡Ferrán! –vuelvo a gritar, corriendo hacia la casa, contagiando la angustia a Clara. Pero mis pies no se mueven.

Mi niño se ha vuelto. Sonríe feliz y me hace un gesto con la mano derecha, pero no sé qué significa, si hola o adiós. La puerta granate se cierra con un fuerte golpe y lo devora en su estómago de pasillos y habitaciones.

El hombre del traje gris estira los labios hasta mostrarme una sonrisa casi esquelética, y retrocede lentamente, hacia la oscuridad, tras la ventana rota.